

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 161. — Reflexiones sobre la historia de Ramón Berenguer III llamado el Grande (continuación), por don G. Seco, coronel de Infantería; página 164. — Enseñanzas tácticas de la guerra boer, por el Marqués de Zayas, comandante de Estado Mayor; pág. 170. — Apuntes geológico-militares de la Península Ibérica (continuación), por don Juan Luengo, capitán de Ingenieros; pág. 174. — Sección bibliográfica: Instrucciones para reconocer el armamento Mauser reglamentario; pág. 176.

Pliegos 65 y 66 del tomo III del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

PRINCIPIOS GENERALES DE EDUCACION E INSTRUCCION MILITAR. — Aplicación de principios á la instruccion de infantería, por C. E. Matton, comandante de Artillería del ejército francés, y jefe de E. M. de la 26 division de infantería, traducida con autorizacion del autor, por don Manuel Burguete, capitán de Infantería. — Pliegos 1 y 2.

CRÓNICA GENERAL

INFLUENCIA DE LAS ARMAS MODERNAS SOBRE LA OFENSIVA Y LA DEFENSIVA. — LAS ARMAS DE HOY Y LAS ARMAS DE AYER. — PROPORCIONALIDAD ENTRE LAS DISTANCIAS DE COMBATE Y LA EFICACIA DE LAS ARMAS. — LA DEFENSIVA OFENSIVA DE MOLTKE. — LA VOLUNTAD DE VENCER.

La *Revue militaire des armées étrangères* ha empezado á publicar, en su número de mayo del corriente año, un notable estudio, perfectamente documentado, relativo á la influencia de las armas modernas sobre la ofensiva y sobre la defensiva; estudio cuyo tema no puede ser más interesante, siquiera se trate de un asunto mil veces debatido y en el que parece difícil decir nada nuevo ni mucho menos nada que pueda aceptarse definitivamente.

La guerra sud africana, en su período inicial, pareció á algunos que daba tal superioridad á la defensiva táctica, que opinaban, que para ganar una batalla, y por ende para salir victorioso de una campaña, había poco más que hacer que ponerse en acecho en cualquier montaña, y esperar allí, con más ó menos tranquilidad, el desarrollo de los acontecimientos, dejando que, en el momento oportuno, el fusil hiciese lo demás.

Notemos, ante todo, que el concepto que tenemos de las cualidades del fusil peca algo de exagerado; exageración que se origina en la novedad de sus precisos y terribles efectos. El fusil ha tenido siempre mucho alcance y precisión, y no se tome esto á mala parte: como quiera que los combates se desarrollan siempre á una distancia proporcionada á la eficacia de las armas, resulta en efecto que, para esa distancia, variable en cada caso y en cada época, las armas producen siempre efectos grandes, llámense estas armas, piedras ó dardos, ó picas, ó arcabuces, ó fusiles de repetición. La historia, al reseñar las grandes batallas prueba esto mismo, y aun lo prueba *por exceso*. Las pérdidas, en efecto, han sido mayores en las épocas en que las armas eran más rudimentarias, lo cual demuestra que, al crecer el alcance de las armas, la *prudencia* se ha encar-

gado de aumentar, aún más de lo que la debida proporcionalidad exige, la distancia de combate, de manera que, en general, por el falso modo como se establece dicha proporción entre la eficacia de las armas y la distancia de combate, aquella eficacia parece disminuir en vez de aumentar.

La REVISTA CIENTÍFICO MILITAR salió al paso de aquellas conclusiones prematuras de la guerra sud africana, volviendo por los fueros de la ofensiva táctica, que tan maltrechos quedaron en concepto de algunos. Pero aún no se ha desvanecido del todo el efecto de aquellas batallas de la guerra anglo boer, y dichos efectos, aunados á la observación de los que el fusil produce en los campos de tiro, han hecho que algunos escritores militares alemanes se muestren partidarios de la defensiva táctica, aunque, entiéndase bien, de la defensiva ofensiva, pues la defensiva absoluta no puede ser aceptada por nadie, por no conducir jamás á resultados decisivos.

El punto de partida de los que admiten la superioridad de esta defensiva ofensiva se halla en unas observaciones del general Moltke. «En mi concepto, escribió el general citado, el progreso de las armas de fuego ha dado á la defensiva táctica una ventaja marcada sobre la ofensiva. Es cierto que en la campaña de 1870 71 siempre hemos obrado ofensivamente y hemos logrado apoderarnos de las posiciones enemigas más sólidamente defendidas, pero ha sido á costa de grandes pérdidas. Me parece más hábil mantenerse de momento á la defensiva y pasar á la ofensiva únicamente después que se han rechazado varios ataques del enemigo.»

Estas palabras, escritas por Moltke con motivo de ciertos trabajos del Estado Mayor, no tienen la importancia que se las ha querido conceder. Nadie duda, en efecto, de que sea *más ventajoso* estar á la defensiva, en el concepto de que se sufren menos pérdidas; pero de lo que se trata, en esencia, no es de esto sino del medio más seguro de ganar batallas.

La defensiva ofensiva, preconizada por Moltke, es indudablemente, en el terreno de la teoría, el procedimiento mejor que puede aceptarse. Nada puede ser, en efecto, más útil que estar á la defensiva durante un tiempo más ó menos largo, y luego, después de haber rechazado varias veces al adversario, cuando éste se halle material y moralmente rendido, salir bonitamente de las trincheras, ó, si éstas faltan, de los pliegues del terreno, y arrojarle enérgicamente sobre el enemigo quebrantado. El sistema es hábil; pero de aplicación dificultísima. La batalla, y sobre todo las grandes batallas, no se conciertan como una partida de ajedrez. La batalla es el término de una serie de operaciones estratégicas, y siendo esto así, es muy difícil imaginar que un ejército que practica la ofensiva estratégica, y llega de este modo á la vista del enemigo, de pronto se pare, y aguarde á que este enemigo se revuelva contra él y le ataque nada menos que *varias veces*. ¿Qué ejército, cuya situación le ha obligado á adoptar la defensiva estratégica, será capaz, de momento, de reaccionarse para tomar con vigor la ofensiva táctica? La hipótesis es de tal manera problemática, que por hábil que sea el sistema de la defensiva ofensiva, no es fácil que, como método práctico pueda adoptarse nunca. El ejército que está en retirada, si el invasor se detiene, aprovechará el tiempo, bien para fortificarse, bien para retirarse aún más y rehacerse hacia el interior del país; en ambos casos la batalla dejaría de librarse, no siendo ya de nuestro gusto la táctica de estarse observando dos ejércitos, bien aposentados en sus campos, como si estuviésemos en el siglo xvi.

La defensiva ofensiva sólo la adoptará, pues, el ejército que, estando á la defensiva estratégica, se halle de momento en condiciones para reaccionar. Y esto, que es lógico, que es elemental, se ha practicado por todos los generales en todas las épocas históricas, y no vale la pena de comentarlo de nuevo.

Hay que consignar una vez más, y esto sí que lo creemos interesante, que para ganar una batalla, para vencer en una campaña, lo primero que procede es *quererlo* así. Con este deseo vehemente, las cosas se preparan con tiempo, y una vez iniciada la lucha, no hay más que adoptar el plan, brutal si se quiere, pero único, de destruir al enemigo en donde quiera que se haga ó se pretenda hacer fuerte. ¿Que esto es caro en sangre? ¡Quién lo duda! Pero esta es la guerra. La habilidad del caudillo está en conseguir el resultado *con menos sacrificios*; pero es casi imposible obtenerlo sin ese sacrificio doloroso de muchas vidas. El estudio de varias campañas demuestra que la victoria es producto de la decisión, de la energía, de la voluntad de vencer, no de un recuento de bajas, que sólo puede hacerse al final de la campaña, cuando la paz está firmada, y las cosas no tienen remedio. El general von Lichtenstern lo ha dicho en un artículo reciente de las *Fahrbücher für die deutsche Armee und-Marine*: «El examen de los desastres del ejército francés en 1870-71, desastres cuya magnitud y rapidez no puede expresar la superioridad de los alemanes, demuestra que en la guerra hay un factor que multiplica y aumenta en profundidad y en extensión las causas de debilidad, las desventajas ó quebrantos materiales y que comunica á los acontecimientos una importancia superior á su valor real. Este factor secreto reúne y domina los hechos, desarrolla unas veces la voluntad y la energía, y otras veces la deprime y anula. Es el factor moral, psicológico: bajo la presión de los acontecimientos, el corazón, la conciencia, la imaginación quedan sugestionados, y los sentimientos que se manifiestan llegan á suprimir la superioridad del juicio. Es esto lo que explica que, tan frecuentemente en la historia de las guerras, generales y ejércitos se hayan creído, prematuramente, victoriosos ó derrotados... En la campaña de 1866, los vencedores perdieron entre muertos y heridos 7 por 100 de su efectivo; los vencidos (á pesar del fusil de aguja y de la táctica de choque de sus contrarios) 9 por 100, es decir, sólo 2 por 100 de exceso. En la guerra de 1870-71, hasta la caída del Imperio, los vencedores tuvieron 10 por 100 de bajas por el fuego, y los vencidos 1 por 100 menos; después de la caída del Imperio, la diferencia entre las pérdidas de los vencedores y los vencidos no excedió de 2 y $\frac{1}{2}$ á 3 y $\frac{1}{2}$ por 100. Semejantes cifras demuestran que en la guerra no son las destrucciones materiales las que deciden el éxito, sino más bien los factores morales.»

La defensiva no supone esa energía poderosa, esa voluntad grande de vencer que hemos dicho que era la condición primera para obtener grandes éxitos. Por esto la ofensiva será siempre, por mucho que progrese el fusil, la táctica de los vencedores. En esto no puede haber duda, ni siquiera motivo de controversia seria. Lo difícil, lo que requiere talento militar extraordinario, es llevar á cabo esta ofensiva del modo mejor, en vista de todas las circunstancias del caso. Si toda la habilidad del caudillo se redujese en mandar *de frente*, es casi seguro que el ataque conduciría á un desastre.

NIEMAND.

29 de mayo de 1902.

REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA
DE RAMON BERENGUER III LLAMADO EL GRANDE

(Continuación)

III

ESTADO DE ESPAÑA

Las fronteras, en aquella época de guerra permanente, durante la cual los pueblos fronterizos luchaban á la continua, resultaban tan sumamente borrosas que no es posible señalarlas con absoluta exactitud, pero sí con gran aproximación, teniendo en cuenta la situación de las plazas importantes definitivamente reconquistadas.

Ganadas Lisboa y Toledo por los reyes castellanos, y Zaragoza por Alfonso el Batallador en 1118, y teniendo en cuenta la dote llevada por Zaida á Alfonso VI de Castilla, en dicho año, España estaba repartida del modo siguiente (véase el mapa):

La reconquista, iniciada en Asturias apoyando su flanco derecho en las costas del Océano, avanzaba hasta la orilla del Tajo, y en 1093 rindió la importantísima plaza de Lisboa (1). El centro, con Alfonso VI, se había apoderado de Toledo, quedando dominada la importantísima cuenca del Tajo. El flanco izquierdo, resguardado por los países cristianos de Vizcaya y Navarra, progresó hasta ganar las fuentes y toda la orilla derecha del citado río; pero trayendo á aquel monarca, como hemos dicho, Zaida su dote, consistente en la ciudad de Cuenca y pueblos de su distrito; y teniendo en cuenta que la adquisición de una plaza como Toledo lleva consigo el predominio de los lugares que la rodean y que no reúnen condiciones para una defensa tenaz, que, en este caso, hubiera cedido también al ataque de flanco que descendiera desde la ciudad de Cuenca por el valle del Guadiana, hemos de considerar que Castilla dominaba el tercio superior de dicho valle y abarcaba próximamente la misma extensión que mide en la actualidad.

Contando por la moderna división en provincias, para mayor comodidad de los lectores, diremos que la reconquista alcanzaba, partiendo de Asturias, en la actual España, á Galicia, León y ambas Castillas, con un total de 21 provincias, suficientes para contrabalancear el poder mahometano, que ocupaba otras 21, Algarve, Alentejo y la parte de Extremadura portuguesa, situada en la margen izquierda del Tajo, Extremadura española, Andalucía baja y alta, Murcia, Valencia, provincias de Teruel, Lérida y gran parte de Tarragona; pero daba superioridad á la raza restauradora la posesión de Portugal hasta el Tajo, comprendiendo el que llamaremos gran reducto montañoso, situado hacia el Norte de este reino, y que constituye la más imponente posición defensiva que existe en la península.

Hasta la fecha que nos ocupa (1118) no puede decirse que Aragón tomase parte en la reconquista sino en el reinado de Alfonso el Batallador, quien se

(1) Biblioteca de esta REVISTA: *Diccionario de Ciencias militares*, por don Mariano Rubió, artículo «Lisboa».

propuso y consiguió en dicho año, llegar á la orilla del Ebro, apoderándose de Zaragoza. Sin duda le estimuló el glorioso ejemplo de sus vecinos del Poniente.

En cuanto á la Marca hispánica, legua más ó menos, permanecía en su secular estacionamiento, sin haber osado avanzar siquiera hasta la indefensa Tarragona en más de dos siglos.



El señorío de Vizcaya, los microscópicos reinos de Navarra y Aragón, y el condado de Barcelona, sumaban en conjunto nada más que ocho de nuestras modernas provincias, y puede decirse, dada su pequeñez, que vivían á la sombra de los triunfos de Castilla y del poder, ya decadente, de los francos.

IV

LA MARCA NO ERA INDEPENDIENTE

La verdad histórica nos obliga á decirlo sin consideraciones, rodeos ni subterfugios: *Cataluña jamás ha formado por sí sola cuerpo de nación independiente*; y nos es necesario consignarlo para que resulte verdadero el inventario de la herencia de Ramón Berenguer III, sin lo cual no podríamos darnos cuenta de la pobre conducta de este conde.

Ya existía, en contra de la supuesta independencia, el antecedente de que todos los documentos oficiales de aquella época eran fechados con arreglo á los años que contaba de reinado el monarca que ocupaba el solio de los francos.

Pero don Próspero Bofarull, en sus *Condes vindicados*, da á luz la escritura de cesión hecha por el nieto de Wifredo el Velloso, en la cual el cesionista ma-

nifiesta (1) que las tierras en cuestión pertenecían á sus abuelos, á quienes las había concedido el rey de los francos, que les dió las tierras *de ellos* (2); y don Próspero dedujo de aquí, trayendo la interpretación por los cabellos, que el rey de los francos había hecho donación del condado de Barcelona al velludo personaje, que quedó desde entonces como soberano independiente, para lo cual fué necesario interpretar *terre Morum*, tierras de los francos, en lugar de *tierras de los abuelos* (Wifredo y su señora).

El joven y distinguido historiador francés M. Calmette, hallábase examinando el monasterio de Ripoll en compañía de un amigo nuestro, el señor González Hurtebise, perteneciente al erudito cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, cuando, con grande admiración suya, tropezó con un rótulo que en lengua del país, decía: *Tumba de Wifredo el Velloso, fundador de la nación catalana*, lo cual le sorprendió vivamente.

Resultado de esta sorpresa y de la conversación subsiguiente, en la cual nuestro compatriota exhibió el texto del señor Bofarull y algún otro antecedente, fué que M. Calmette redactase unas *Notas sobre Wifredo el Velloso*, que, en la lengua nativa de su autor, vieron la luz en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (Madrid, 1901). El notable escritor, entre otras observaciones ajenas al asunto que nos ocupa, manifestaba en el mencionado artículo, que si el texto latino citado por el señor Bofarull se interpreta en el sentido de que el rey dió á Wifredo las tierras de los francos, no le dió el condado de Barcelona, sino su propio reino, lo cual es absurdo; y si le dió el condado donde estaban las tierras, le dió el condado de Vich, no el de Barcelona; y no citamos más razones de las expuestas por M. Calmette, porque las apuntadas bastan y sobran para echar por tierra el castillo de naipes del señor Bofarull.

M. Calmette opina que lo ocurrido con la independencia del condado fué que, á medida que declinaba el poder de los reyes carlovingios, Cataluña fué desprendiéndose de su dependencia, no quedando más vestigio de ella que la conservación de la fórmula cancelleresca de referir las datas al número de años transcurrido en el respectivo reinado. Nuestra opinión, en esta parte, difiere esencialmente de la del escritor francés, y para ello nos fundamos en razones de orden moral y material que vamos á exponer inmediatamente.

Dos pecados capitales, la avaricia y la soberbia, impulsaban al señor feudal á pretender la propia independencia, aun á costa del vigor y de la existencia de las naciones: la avaricia, que le hacía ansiar la posesión sin restricciones; la soberbia, que le impedía reconocer la autoridad real; así que no es, en nuestro concepto, razonable atribuir independencia al feudatario que, doblegando su soberbia, demostraba públicamente su inferioridad, aunque no fuese más que en el color de una bandera ó en la forma de un documento público. Recordemos, á propósito de esto, la prisa con que nuestros partidarios políticos del siglo XIX, liberales y reaccionarios, daban alternativamente á la plaza de cada pueblo, según triunfaban unos ú otros, el nombre de Plaza de la Constitución, ó el de Plaza Real: esta debilidad es propia de todos los tiempos, y por lo tanto,

(1) Este es el sentido, aunque no las palabras precisas, de las cuales no hemos tomado copia, bastando con remitirnos á la obra citada.

(2) *Terre Morum*.

puesto que los Condes de Barcelona referían las fechas de los documentos á la duración del respectivo reinado de los monarcas francos, debemos concluir que se consideraban súbditos de ellos.

Pero la razón de orden material que vamos á dar es mucho más poderosa, y, en nuestro concepto, irrefragable.

Debemos precisamente considerar el Condado de Barcelona hasta Ramón Berenguer III inclusive, bien como un establecimiento francés que no tenía más objeto que asegurar la frontera de la nación transpirenaica, toda vez que los francos nunca pretendieron conquistar España; ó bien como una nación peninsular independiente, que no podía existir, como sus hermanas cristianas, sino á expensas de la conquista de los países dominados por los moros.

Si lo primero es lo cierto, Cataluña cumplía perfectamente su deber sirviendo de dique para que las irrupciones musulmanas no se extendieran hasta Francia.

Pero si lo cierto era lo segundo, ¿qué hacían aquellos catalanes que desde Wifredo á Berenguer III no se habían decidido á ocupar la evacuada Tarragona, mientras los pobres montañeses astures ocupaban ya Galicia, León, ambas Castillas, la mitad de Portugal, y llevaban sus ataques hasta el corazón de Andalucía?

Tenemos, pues, que considerar á los catalanes de aquella época como leales francos que cumplían heroicamente el deber de defender su frontera, á pesar del abandono criminal en que les tenían sus reyes, ó como cobardes españoles incapaces para contribuir á la gloriosa reconquista.

Nosotros, que no encontramos el menor vislumbre histórico por donde se pueda dudar de la bravura de los catalanes, optamos por el primero de ambos extremos: los condes de Barcelona no estaban facultados para emprender una conquista que no entraba en las miras de los reyes francos, que no tenían nada que recobrar en la península ibérica. Es verdad que, como los franceses de la Edad moderna, pensaron en avanzar su frontera hasta el Ebro; pero ni unos ni otros lo consiguieron nunca, ni aun en las épocas de mayor decadencia de las razas peninsulares. Así, fué el Pirineo límite en que se detuvieron árabes y francos, como lo fué después, en el siglo xvii, entre franceses y españoles, y como sigue siéndolo, á pesar de la ambición de ambos Napoleones, fenecida en Sedán sin probabilidades de que resucite.

Otra observación: Morera confiesa (pág. 328) «que en adelante ya apenas se habla del dominio de los reyes francos á menos que se trate de contener á los sarracenos para que dejen tranquila la *Marca*, bajo el pretexto de estar comprendida entre los convenios de paz estipulados por los califas con los monarcas carlovingios.» Esto es muy claro.

V

PEQUEÑÍSIMO PROGRESO.—TARRAGONA.

Antes de ocuparnos especialmente en la historia militar y política del supuesto héroe de Tortosa, Valencia y Mallorca, vamos á estudiar el aumento que, sin controversias hasta ahora, se considera obtenido por Ramón Berenguer en sus Estados, por la parte del Mediodía.

Hemos dicho en el lugar correspondiente, que Lérida y Tortosa, con la par-

te montuosa de la provincia de Tarragona, se hallaban en poder de los moros; si alguna duda nos quedase sobre esto, el señor Morera la desvanece, señalando, punto por punto, los muchos castillos y lugares que aquéllos poseían en la sierra.

La despoblación del condado era tal, que los dos Berengueres, II y III, no disponían de mil ó dos mil hombres para guarnecer y repoblar la ciudad de Tarragona; que no era necesario conquistar, porque estaba desguarnecida y sólo poblada por judíos, como se demuestra por haberla ocupado San Olegario sin combate, y por el siguiente texto de Edrisi, tomado por Dolzy, y copiado por Morera (*Tarragona Cristiana*, pág. 308): «Tarragona es una ciudad judía edificada sobre la costa del mar.»

No puede negarse que, por falta de frontera natural, susceptible de buena defensa, la existencia del condado estaba seriamente amenazada de nuevas é irresistibles invasiones procedentes de Lérida ó de Tortosa; pero, por fortuna, los aragoneses avanzaban por el flanco derecho de los catalanes, á espaldas de los leridanos, mientras los moros, desunidos, cometieron el error de no hacerse fuertes en Tarragona, como avanzada de Tortosa para cubrir esta plaza, y evitar que Lérida llegara á encontrarse rodeada de enemigos, tan pronto como Zaragoza cayó en poder del Batallador, preludeo indispensable de la conquista de Tortosa, toda vez que ambas plazas se hallan sobre el mismo caudaloso río, y que la reducida población de Cataluña no podía intentar desde luego el dominio de Tortosa (bien fortificada y defendida), cuando ni siquiera pudo repoblar la indefensa Tarragona.

Para formar idea clara de ciertos sucesos, conviene observar la importancia militar de la ciudad últimamente nombrada.

Los romanos necesitaban en la Península una base de operaciones, que no podía ocupar un punto central, porque, en caso de rebelión de la colonia, hubieran sido fácilmente cortadas sus comunicaciones con la metrópoli; tampoco podían establecerse en las asperezas del Pirineo, donde los recursos habían de escasear y donde los galos podían causar igual interrupción de comunicaciones. Conventales, pues, elegir su base sobre el litoral, en punto adonde pudiesen llegar, no sólo por tierra, sino también por mar, lo más pronto posible.

Desde la bahía de Nápoles, navegando rectamente con rumbo á Poniente, y pasando por el estrecho de Bonifacio, podían llegar á Tarragona.

Los temporales más terribles en esta parte del Mediterráneo son los del norte y de levante; para guarecerse de los primeros, no tenían más que desviar un poco el rumbo hacia el sudoeste y refugiarse en el excelente puerto de Mahón; y en cuanto á los segundos, bastaba, en último caso, correrlos con viento en popa.

Eligiendo más al norte su base, no sólo se alejaban del puerto de refugio de Menorca, sino que se acercaban más al proceloso golfo de Lyon; y, eligiéndola más al sur, por ejemplo, en Valencia, hallaban costas demasiado bajas, con puntos nuevos susceptibles de buena defensa militar, y, quizá, más insalubres. Creemos, pues, que los romanos eligieron sabiamente el asiento (ó emplazamiento, como ahora suele decirse) de la capital de su colonia.

Pero, para invasiones que, como las de los godos y árabes, se verifiquen á través de los Pirineos ó del estrecho de Gibraltar, y que han de tener por principal objetivo la meseta central de la Península, para, desde ella, desparramarse, descendiendo hacia las costas, el camino del litoral de Cataluña, si la invasión

procede del Norte (una vez asegurados los pasos de los Pirineos orientales), no tiene importancia sino para un simple flanqueo; pero si la invasión procede del Mediodía, podrá convenirla detenerse en la margen derecha del Ebro, ó avanzar hasta dominar el Pirineo, encontrando en uno ú otro caso, frontera natural con buenas condiciones estratégicas. Pasado el Ebro, los moros intentaron posesionarse de la cordillera; pero no lo consiguieron, y sólo conservaron la posición de Lérida, más militar que la de Tarragona; aunque demasiado avanzada.

Los godos, al invadir la Península, necesitaban lógicamente de la capital romana, para poner el sello á su conquista; pero, al asaltarla, la destruyeron, no con un fin militar, sino por un rasgo de barbarie; y es de creer que, abiertas brechas en la muralla, incendiado el caserío, y, tal vez careciendo de agua por destrucción de gran parte del acueducto y por falta de cisternas, la ciudad quedara inhabitable é indefendible, á no intentarse la reedificación de todo lo destruido, tan costosa como innecesaria para los nuevos conquistadores.

En las ruinas se establecerían pobres y escasas gentes pacíficas; y algunos hombres de armas hallarían albergue, más ó menos eventual; pero no es de creer, por ningún concepto, que los godos se establecieran sólidamente en la ciudad, porque en tal caso, hubiera sido reedificada; y los moros, hallándola en buenas condiciones de habitabilidad y defensa, la hubieran ocupado militarmente, sirviéndoles, ya que no para otra cosa, para asegurar la posición de Lérida, y detener, en los primeros momentos siquiera, las acometidas de los cristianos.

Sin embargo, ya que los inteligentes aseguran que en el acueducto existen obras de reparación debidas á los moros, admitiremos (aunque con cierta reserva) cuanto aseguran los historiadores, acerca de que Tarragona fué ocupada por los moros y los cristianos alternativamente, dando lugar á expugnaciones sangrientas, hasta que unos y otros la abandonaron, más ó menos cansados de la supuesta estéril lucha. La duda mayor que ofrece esta versión es que no se comprende bien el temor de los moros á sostenerse en Tarragona, siendo dueños de las montañas de su provincia.

Sea como sea, lo que resulta cierto es que, al advenimiento de Ramón Berenguer III, la ciudad estaba abandonada, militarmente hablando.

Don Antonio Bofarull, hijo de don Próspero, no muy fuerte en achaques de arte de la guerra, atribuye al citado conde un plan estratégico (justamente negado por el señor Morera), consistente en aislar Tarragona, conquistando previamente Lérida y Tortosa: esto de expugnar dos excelentes plazas de guerra para apoderarse de unas ruinas sin valor, y de una posición que, ganadas aquellas plazas, carecía de utilidad militar (como carece hoy día), es realmente gracioso: la forma del hipotético plan conviene, cuando á la inversa del caso que nos ocupa, la posición que se trata de aislar es la más importante, y puede recibir recursos de la otra; por ejemplo, la previa conquista de Málaga, por donde Granada, acometida por los Reyes Católicos, podía recibir auxilios de Africa. No son éstas las razones en que el señor Morera funda la crítica del plan, sino en que el egregio conde nunca intentó apoderarse de Lérida ni de Tortosa; pero las aducimos para que pueda avalorarse cada criterio histórico; y baste decir que, sin necesidad de tan grandioso y disparatado plan, Tarragona fué pacíficamente ocupada por un arzobispo.

Indudable; si algún día el condado de Barcelona había de asegurar su fron-

tera, y tomar puntos de etapa en el camino de Tortosa, secundando el golpe dado por el Batallador en Zaragoza á falta de posición mejor, era natural establecerse en Tarragona, completando sus antiguas y ya muy desmanteladas fortificaciones. Así se hizo; pero en este mérito toca pequenísima parte al supuesto héroe, porque la idea se atribuye á su premuerto tío; porque la insistencia en la realización se supone debida á San Olegario; y porque el conde no tomó más parte en la empresa que presentar el Santo para segundo arzobispo de Tarragona, dándole en feudo la ciudad no poseída, género de regalo muy fácil de hacer. Esto fué hacia el año 1118, en que el rey de Aragón, decidiéndose á tomar seriamente parte en la reconquista, se apoderó de Zaragoza.

San Olegario, que, como el conde de Barcelona, no disponía de catalanes para crear el nuevo establecimiento, estuvo luchando diez años para encontrar quién le siguiese, hasta que Roberto de Aquiló (Aculeyo), también llamado *Burdet*, caballero normando, con gentes de su nación, con el título de Príncipe, y con ciertos derechos, aceptó el encargo de guarnecer y repoblar la plaza, lo cual se efectuó en el año 1128 y siguientes, con no poco trabajo, pues el nuevo príncipe hubo de hacer esfuerzos para obtener el contingente necesario, entre las gentes de su país.

(Continuará)

ENSEÑANZAS TÁCTICAS DE LA GUERRA BOER

Aquietado el afán de la prensa diaria de todos los países por relatar y criticar los hechos de esta campaña, con apasionamiento visible muchas veces, y siempre sin ningún provecho positivo para las ciencias militares, ha comenzado la prensa profesional el estudio sereno de los acontecimientos desarrollados en el Africa del Sur, para inquirir enseñanzas y aplicarlas en los organismos y métodos de guerra hoy vigentes.

Entre la multitud de libros, folletos y artículos que van publicándose en todos los idiomas europeos sobresalen, por la claridad de exposición y por el vigor de sus razonamientos, las producciones literarias de la nación maestra en las artes de la guerra; en la nación de cuyo ejército es actualmente el modelo que las demás tratan de imitar: de Alemania.

Uno de estos estudios, el más reciente y el más notable, es debido al teniente coronel von Lindenau, jefe de sección del Gran Estado Mayor prusiano, quien el día 5 de marzo de este año pronunció en el Casino militar de Berlín una interesantísima conferencia sobre el tema: «¿Qué nos enseña la guerra boer para el ataque de nuestra infantería?»

Valiéndose de datos suministrados por las controversias de oficiales ingleses; comprobando y aclarando hechos con los informes del capitán de estado mayor alemán baron de Lüttwitz, que siguió la guerra en calidad de agregado militar al cuartel general inglés; recogiendo impresiones y juicios de oficiales alemanes que estuvieron en el campo boer, ha compuesto Lindenau un trabajo tan acabado que contribuirá seguramente á puntualizar muchos conceptos adquiridos bajo la impresión de relatos y consideraciones exentos de todo fundamento sólido.

Con este mismo objeto enunciaremos las ideas y pormenores más importantes que contiene la disertación de Lindenau.

Analiza primeramente el autor las circunstancias é influencia del terreno, clima, refuerzos artificiales, fuerzas combatientes y efecto de las armas.

No es el paisaje europeo con su variedad de accidentes y abrigos el aspecto que presentan los teatros de operaciones del Africa austral. La uniformidad monótona de los relieves del suelo, la carencia de todo obstáculo donde poder ocultarse, la falta de árboles, maleza y lugares habitados dificultan en aquellos territorios la orientación y hacen al propio tiempo visibles á largas distancias y á través de una atmósfera pura y clara las prendas de vestuario y los movimientos de las tropas. A las penalidades de la marcha sobre un suelo montuoso, cubierto de piedras y privado de sombra y de agua, vienen á sumarse las que producen los rigores de un clima excesivo.

Los Kopjes, que tan gran papel han desempeñado en los combates, ofrecen formas tan singulares que asemejan á parapetos de obras de campaña, con la ventaja sobre éstas de dar protección natural á la cabeza de los defensores, merced á las escotaduras caprichosas de las crestas. Observando los boers que los fragmentos de las piedras no ocasionaban heridas peligrosas, simplificaron los trabajos para fortificarse en estas posiciones; algunas trincheras y espaldones, pozos de tirador, ó solamente montones de piedra fueron los únicos abrigos artificiales que tan difícil habían de hacer la misión del atacante.

Trazando desde Lourenzo Marquez, en la bahía Delagoa, una línea que por Pretoria y Mafeking vaya hasta la ciudad del Cabo, se tiene una superficie de 800.000 kilómetros cuadrados sobre la cual diseminaron sus fuerzas, lo mismo los boers que los ingleses. Componían los primeros un total de 50.000 hombres, llegando á reunir la Gran Bretaña quíntuple superioridad que, sin embargo, no hizo efectiva en los campos de batalla por su gran fraccionamiento y las atenciones que reclamaban sus largas líneas de etapas.

Dadas las condiciones especiales del terreno, clima y fuerzas combatientes, era de suponer que las operaciones y combates en el Africa del Sur revestirían un carácter distinto de las que pueden desarrollarse en Europa, donde los ejércitos procurarán hacer valer su superioridad por medio de los procedimientos de la estrategia, y difícilmente tendrán sus fuerzas inmovilizadas en una zona determinada, como muchas veces ha ocurrido en la guerra boer. Mas no por esta causa dejarán de ser útiles las deducciones de esta campaña, porque es un hecho indudable que en ella se emplearon por primera vez en grande escala las armas modernas, haciéndose también muy patente la eficacia de la defensiva. En su libro de memorias escribió un oficial alemán, testigo presencial de muchos combates: «Veo que con muy pocos hombres, aguerridos y buenos tiradores, puede defenderse una región montañosa, y si el deseo de sostenerse es inquebrantable, serán estériles los esfuerzos del atacante, por muy superior que sea su número.»

A tales resultados conduce el efecto de las nuevas armas.

El fusil Lee-Enfield de los ingleses es una modificación del Lee-Metford con depósito cargador móvil para diez cartuchos, que han de introducirse uno á uno, si el depósito está colocado en el arma, ó bien hay que reemplazar el vacío por el de repuesto, ya guarnecido; mientras que el fusil Mauser de los boers dispone de cargadores con engarzador que aumentan la velocidad del fuego.

Aunque las piezas de 7,6 centímetros de los ingleses tenían un mecanismo para atenuar el retroceso, no podían considerarse de tiro rápido. En la artillería

inglesa figuraban también obuses de campaña 12,7 centímetros, modelo 1896, que disparaban granadas de lydita, cuyo efecto fué, en general, insignificante; contra tiradores tendidos ocasionó á lo más heridos muy leves. Siendo pequeño el ángulo del cono de dispersión de los shrapnels, la sección de este cono con el blanco sólo tenía una anchura de 4 á 5 metros, y á los 100 pasos del punto de explosión producían raras veces heridas graves.

Mejor material, aunque mucho más reducido en número, presentaron los boers al principio de la guerra. Reunieron un total de 69 piezas modernas:

- 8 de 7,5 cm., de tiro rápido, Krupp, modelo de 1899.
- 16 de 7,5 cm., de tiro rápido, Schneider Creuzot, modelo 1898.
- 5 de 7,5 cm., de tiro rápido, Maxim-Nordenfeldt, modelo 1897.
- 4 de 3,7 cm., de tiro rápido, Krupp.
- 24 cañones automáticos 3,7 cm., Maxim-Nordenfeldt.
- 8 obuses de 12 cm., (4 de Krupp y 4 de de Schneider Creuzot).
- 4 cañones de posición de 15,5 cm., Schneider Creuzot.

Desde el punto de vista balístico, los de Schneider Creuzot tuvieron gran superioridad sobre los demás; pero eran muy delicados y los frenos de glicerina del montaje se descomponían con frecuencia. Junto con los cañones Krupp, que se distinguieron por el excelente efecto de sus proyectiles (*eine vortreffliche Geschosswirkung*) las piezas de Maxim-Nordenfeldt demostraron poseer las mejores condiciones. El escudo protector que lleva este material fué de gran eficacia contra el fuego de shrapnel y fusilería; pero se notó el inconveniente del aumento de peso que suponen tales corazas, las que además son muy visibles cuando están levantadas y sirven al enemigo de buenos puntos de referencia.

Estos datos acreditan que los ingleses entraron en campaña con armas de calidad inferior á las de los boers, siendo este descuido tanto más incomprensible, cuanto que la industria militar de la nación británica se halla en todo su apogeo.

No sólo cometieron los ingleses esta falta fundamental, sino otra más grave, no ocupándose en investigar el efecto de las nuevas armas para adoptar en su consecuencia las formas tácticas más convenientes. Ya que no podían arrebatar al defensor las ventajas del terreno y del armamento, debieron pensar en utilizar de una manera hábil la preponderancia del número. Pero confiadas en sí mismas las tropas inglesas, después de tantos triunfos en sus repetidas luchas con pueblos salvajes, se vieron sorprendidas por el efecto de las armas, que por cierto era también desconocido en otros ejércitos, pues ninguno de ellos había tenido entonces ocasión de atacar á través de un campo batido por los fuegos rápidos combinados del repetidor de pequeño calibre y del cañón que permanece fijo en su emplazamiento por medio del arado y los frenos.

Después de estas consideraciones, hace el autor la siguiente comparación entre los reglamentos tácticos de infantería de Inglaterra y Alemania.

«Casi todos los ejércitos del mundo, al formular reglas para el combate, adoptaron los principios de nuestro reglamento de 1888, porque todos sabían que este reglamento era el sedimento de experiencias de guerra positivas, y aseguraba el predominio del arma, aun en medio de violentísimos combates. También el ejército inglés introdujo en su reglamento de 1896 (*Infantry Drill*) muchos preceptos del nuestro. Así encontramos, lo mismo para la infantería que para la ar-

tillería, el principio de que el ofensor ha de obtener la superioridad de fuegos sobre el defensor, y que el avance decisivo de la infantería no ha de verificarse hasta que la artillería del ofensor no haya logrado dominar la del adversario. Igualmente reproduce el reglamento inglés nuestra regla referente á confiar misiones independientes á las unidades subalternas. Determina también que el ataque de frente ha de combinarse con uno de flanco ó envolvente. Exige que se conserve la formación en sentido de la profundidad, y que sea ternaria, como en nosotros. Respecto del empleo de los tres grupos así constituídos, hay una diferencia esencial entre ambos reglamentos, pues mientras que en el alemán el grupo de preparación se refunde muy pronto con el de ejecución, y hasta la reserva llega á empeñarse en los últimos momentos, el reglamento inglés confía la dominación por el fuego, es decir, el acto más esencial, al grupo de preparación. Sólo para el asalto se hará aproximar el segundo grupo. El tercer grupo debe esperar en esta posición defensiva el desenlace del combate para cubrir la retirada ó emprender la persecución.»

«Discrepan también ambos reglamentos en la manera de efectuar los fuegos. El inglés prefiere las descargas; el alemán considera que un fuego á discreción de los tiradores bien dirigido produce los mejores resultados. Esta apreciación de los ingleses corresponde á la poca importancia que conceden á la instrucción individual de tiro de combate, no obstante tener cada soldado una dotación anual de 200 cartuchos.»

«Previene el reglamento inglés que al desplegar en guerrilla se determinará el intervalo entre los tiradores, pudiendo constituirse una línea continua. En los primeros combates de la guerra se emplearon líneas de tiradores densas y con poco frente; después que lord Roberts se encargó del mando, fueron aumentándose los intervalos.»

«Por último, existen entre estos reglamentos diferencias muy salientes respecto á las distancias á que debe empezarse el fuego. Nuestro reglamento táctico, de acuerdo con el de tiro, establece los límites de las distancias próximas, medianas y grandes, de manera que las próximas empiezan á los 600 metros del enemigo y las medianas á 1.000 metros, y el reglamento inglés marca en 500 yardas (460 metros) el límite mínimo entre las distancias próximas y las medianas; es decir, que lo aproxima 140 metros al enemigo, á pesar de haber aumentado el efecto de las armas. Sólo en casos muy excepcionales debe hacerse fuego á más de 800 yardas = 735 metros, lo cual indica que las distancias medianas son para los ingleses 265 metros más cortas que en nosotros, y por eso aquella infantería romperá el fuego más tarde que la alemana.»

Cita Lindenau las numerosas experiencias verificadas á últimos de 1890 en la Escuela de tiro de la infantería alemana, de las que resulta, de un modo evidente, que «el fuego á distancias medianas no constituye ya el velo que ha de cubrir nuestro despliegue para el ataque, sino que es una parte esencial de la labor del combate.» Se ha comprobado también con toda minuciosidad que tiradores bien instruidos, disparando á las distancias medianas (de 600 á 1.000 metros) contra siluetas de cabeza obtenían en cinco minutos un número de impactos igual al 5 por 100 de las municiones consumidas, y dos guerrillas opuestas de igual fuerza tuvieron en el mismo lapso de tiempo un 25 por 100 de bajas cada una.

Estos datos prácticos y fehacientes demostraron, sin necesidad de la guerra boer, que el fuego es el mejor medio para avanzar desde las distancias medianas, entre 1.000 y 600 metros; pero ha de pensarse también que el defensor se encuentra en condiciones excelentes para disputar este avance, y mucho más si el atacante, movido por el deseo de lograr más eficacia de tiro, no rompe el fuego hasta los 600 metros.

La causa de la precipitación en los procedimientos del ataque, que el reglamento inglés establece, procede, en opinión de Lindenau, de una falsa idea adquirida por los oficiales ingleses, al presenciar en Alemania los ejercicios de combate de aquellas tropas. Concediendo el reglamento alemán una gran latitud al mando y no interpretándose muchas veces con toda precisión las reglas vigentes, se desarrollarían ante la vista de los espectadores extranjeros movimientos y despliegues, con gran rapidez efectuados, como si se pretendiera resolver de golpe las dificultades del problema del ataque. Y este concepto erróneo, confirmado por los grandes saltos y los grandes frentes de los escalones que los verificaban, influiría con seguridad en los oficiales comisionados, determinando, por último, la adopción de un sistema de combate que había de conducir á muchos fracasos.

(Continuará.)

MARQUÉS DE ZAYAS,
Comandante de Estado Mayor.

APUNTES GEOLÓGICO-MILITARES DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

(Continuación)

Poniendo punto final á tan larga digresión, y entrando en materia, se dirá, que si pasamos la vista por el adjunto mapa geológico de la Península, se observa por de pronto una gran falta de uniformidad en los terrenos que constituyen cada uno de sus sistemas de montañas, ocurriendo otro tanto con las formaciones que integran la cuenca de algunos de sus ríos, resultando de ello y de lo anteriormente expuesto, que el conocimiento de la geografía física y política de España y Portugal no basta para el estudio de tales naciones desde el punto de vista militar, siendo necesario además, para conseguirlo, amalgamar los datos que esas ciencias proporcionan con la descripción geológica de la Península y por lo tanto, es de oportunidad verificarla, aunque sólo sea de un modo sucinto y compendioso.

Descripción geológica de la Península Ibérica. Las tierras situadas en el vértice noroeste de la Península, demuestran ser las más antiguas de la misma, por la gran extensión que en ellas ocupan las formaciones granítica y siluriana. Sus eminencias no alcanzan grandes alturas por este mismo motivo, pues por regla general, la elevación de las montañas está siempre en razón inversa de su edad.

Aspero y pobre en general es el suelo de Galicia, no obstante lo cual, en el fondo de los valles se encuentran fajas de terreno cubiertas por buena tierra vegetal, formada por la descomposición de las rocas que constituyen el macizo montañoso.

No puede negarse importancia militar á tal región, pero á causa de su posición excéntrica más bien debe considerársela como una comarca apta para refugiarse en ella un ejército que en los campos de Castilla la Vieja hubiese sufrido un descalabro; ó como un punto propicio para desde él amenazar las comunicaciones de un enemigo que procedente de Portugal se internase en el valle del Duero.

Lindando con Galicia se encuentran los terrenos devonianos y carboníferos de Asturias, separados del Cantábrico por una faja de terrenos secundarios surgidos del mar cuando sobre él se elevó el sistema orográfico de esta región. Sus alturas son mayores que las galaicas, por ser de formación posterior á ellas, y por lo demás es aplicable á esta región, á los montes de León y á parte de la provincia de Palencia todo lo que se dijo relativo á la anterior en punto á consideraciones militares.

Cretáceo es en general el terreno de Santander y de las Provincias Vascongadas, siendo sus alturas próximamente las mismas que las de Asturias. Quien haya recorrido estas regiones, puede haberse cerciorado de lo difícil que es maniobrar y combatir en ellas al atacante, en conformidad con lo que ya en otro lugar se expuso. Así se comprende que las legiones de Augusto no tuvieran otro medio para sojuzgar estos países que arrancar de sus hogares á los habitantes que pudieron haber, trasladándolos á las llanuras de Castilla, donde los obligaban á vivir en campamentos que los romanos vigilaban, como veinte siglos después se ha hecho en Cuba, y como después de censurarnos acerbamente, están haciendo los yanquis en Filipinas y los ingleses en el Transvaal.

El papel que estas comarcas han desempeñado en la guerra civil ha sido importantísimo, como todos saben; los partidarios del Pretendiente escogieron con habilidad un teatro de operaciones que tanto les favorecía desde el doble punto de vista topográfico y de adhesión por parte de sus habitantes: las circunstancias hoy han variado, por el desarrollo grande que en esos países han alcanzado ciertos intereses materiales, por lo cual puede suponerse que no se reproducirán en ellos las terribles escenas que allí se han presenciado.

Tratándose de una guerra con Francia, y en el supuesto de que nuestra nación fuese invadida, sería imperdonable falta no sacar de ese magnífico baluarte natural todo el partido que es susceptible de rendir. En efecto, por estar colocado en el flanco de la carretera de Irún á Madrid, el invasor tendría que deshacer las tropas que lo ocuparan, so pena de correr el riesgo de ver cortadas sus comunicaciones con la frontera ó de sufrir un ataque de revés. La retaguardia de nuestro ejército estaría á cubierto de embestidas, pues se supone que no habríamos de luchar simultáneamente con Francia y Portugal: si por mar los españoles no podían recibir auxilios, Castilla subvendría á sus necesidades, y en el caso de un descalabro, tendríamos retirada franca y cómoda hasta Galicia, si preciso fuera á lo largo de la cordillera cantábrica, en mejores condiciones que cuando hay que efectuar tal operación en país llano.

Eslabonados con los montes Cantábricos se encuentran los Pirineos, que pueden considerarse como un museo geológico, porque en ellos existen todos los terrenos, todas las formaciones: á sus picos más altos, formados por potentes cuñas de granito que desde el interior del globo rompieron la corteza terrestre, están adosadas las estribaciones silurianas, que descansan en laderas formadas

por terrenos secundarios, y el fondo del valle del Ebro corresponde al grupo terciario, sin que esto deba entenderse en absoluto, pues el Montserrat, de formación eocena, alcanza 1.200 metros de elevación, correspondiendo al mismo periodo la montaña de Cardona y otras.

Innecesario es hablar de la importancia militar de los Pirineos, siendo bastante sensible que las exigencias de la vida moderna hayan hecho necesario abrir en ellos varios portillos que previsoramente tratamos de barrear.

(Continuará)

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

INSTRUCCIONES PARA RECONOCER EL ARMAMENTO MAUSER REGLAMENTARIO.—

Folleto de 16 páginas, en cuarto mayor, publicado por la fábrica de armas de Oviedo.

Es sabido que la bondad original de un arma, así en la solidez como en la precisión, mengua forzosamente desde el momento que entra en servicio: el tiro, el uso y los agentes atmosféricos son causas substractivas, las cuales, aisladas y en conjunto, trabajan sin tregua, empero con eficacia segura, en detrimento suyo. Su acción, por ser gradual y muy lenta, pasa, generalmente, desapercibida á la simple vista y, por otra parte, no llega á alterar de un modo sensible, al principio, las partes más esenciales del arma hasta el punto de ponerlas inservibles; de aquí que los reglamentos concedan ciertas tolerancias, dentro de las cuales puede admitirse como nula ó despreciable la depreciación sufrida por aquélla. Mas esas tolerancias tienen un límite prudencial, que puede ser rebasado, poniendo entonces el armamento fuera de servicio ó, cuando menos, en condiciones muy diferentes é intolerables.

De lo antedicho se desprende que todo el armamento en servicio debe someterse periódicamente á un minucioso examen, no operado en los cuerpos sino por comisiones que, á más de un personal idóneo, cuenten con el tiempo y los aparatos necesarios; el cual examen ha de permitir apreciar con precisión matemática las alteraciones sufridas, para adoptar, en consecuencia, la resolución que convenga.

Para realizar concienzudamente ese examen se requieren aparatos especiales é instrucciones precisas que faciliten su manejo y den, además, la pauta que en aquél ha de seguirse. Una instrucción de esta naturaleza se hacía indispensable para poder siempre aquilatar el *vigor* de nuestro armamento portátil. A tan importante fin responde el librito que nos ocupa, por cuya publicación y cabal redacción merece plácemes la acreditada fábrica ovetense.

Dichas instrucciones, que con loable concisión y gran claridad exponen la marcha metódica que deberá seguirse en los reconocimientos del fusil y la carabina, van precedidas de la descripción-ilustrada de los aparatos requeridos y terminan con las indicaciones necesarias para el examen de precisión.—N. M. A.